



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



Rossina Bossio (Bogotá, 1986). Estudia artes visuales en la Pontificia Universidad Javeriana. Ha realizado dos exposiciones individuales: *Simulacros*, en la Facultad de Artes de la Pontificia Universidad Javeriana, y *Expreso de imprecisiones*, en Atena Estudio de Arte. Ha participado en varias muestras colectivas, entre las que destacan *Figurativos (as)* en la Galería FENALCO; *Niño-Techo-Derecho*, en la galería En Obra, y el I Salón de Cuerpo, Arte y Medicina de la Universidad Nacional. Ganadora en la I Convocatoria de Artes Plásticas de la Fundación Tiabambi, Colseguros Niño-Techo-Derecho y del I Premio en el I Concurso de Arte por Internet, www.eclecticfusion.com. Devota de la literatura y la filosofía, ha sido ganadora en las Olimpiadas Nacionales de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana y ha representado a Colombia en las IX Olimpiadas Internacionales de Filosofía. Actualmente desarrolla dos proyectos en pintura: “Falopitis” y “Pertinencia”. [www.rossinabossio.com]



Rossina Bossio, *Manzana III* (de la serie *Manzanas*), óleo/tabla, 40 x 60 cm, 2007

EDITORIAL	7
POESÍA DE COLOMBIA	9
Doce nuevos poetas colombianos: entre la tradición y la transición / Federico Díaz-Granados	10
John J. Junieles	16
John Galán Casanova	23
Alejandro Burgos Bernal	29
Pascual Gaviria Uribe	38
Felipe García Quintero	46
Juan Carlos Acevedo	51
Ricardo Silva Romero	57
Catalina González Restrepo	64
Giovanny Gómez	70
Lucía Estrada	75
Felipe Martínez Pinzón	82
Andrea Cote Botero	89

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Sealtiel Alatríste
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 146, noviembre-diciembre 2007

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración de este número: Rossina Bossio
Portada: Rossina Bossio, *Manzana III* (de la serie *Manzanas*), óleo/tabla, 40 x 60 cm, 2007
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

www.literatura.unam.mx

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

2007 es el año de la literatura colombiana por méritos sobrados y acontecimientos varios: la designación de la ciudad de Bogotá, por parte de la UNESCO, como Capital Mundial del Libro, y el consecuente programa de actividades literarias y de promoción del libro y la lectura —entre ellas el encuentro Bogotá 39, que reunió en esa capital a 39 autores menores de 39 años—; el festejo por triplicado al más popular de sus escritores, Gabriel García Márquez —su cumpleaños 80, los 25 años de su reconocimiento con el premio Nobel y el 40° aniversario de la publicación de la emblemática *Cien años de soledad*—, y para cerrar el año, la dedicatoria de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara al país sudamericano, nuestro pretexto para editar este número especial de *Punto de partida*.

Gracias a la intervención del poeta Juan Felipe Robledo entablamos contacto con el también poeta y periodista Federico Díaz-Granados, quien con entusiasmo tomó la encomienda de presentar a nuestros lectores esta muestra, un sólido grupo de poetas de tonos y motivos disímolos, inscritos por el antólogo en seis líneas estilísticas y estéticas definidas en su introducción.

La selección incluye obra de doce escritores nacidos entre 1970 y 1981, a manera de botón de muestra del rumbo de la nueva poesía colombiana. Además, cada uno ha escrito una pequeña exposición de motivos, su poética particular. En algunos casos se trata de una reflexión en prosa, en otros de un poema. El material se complementa con el espléndido trabajo de la joven artista plástica bogotana Rossina Bossio, reproducido en blanco y negro en estas páginas

La obra antologada sorprende, en primer lugar, por su cercanía formal y temática con la herencia y la tradición. Como afirma Díaz-Granados en su presentación, es posible “observar en esta muestra las características de una promoción que busca respuestas en la tradición poética y presenta menos intenciones rupturistas o neovanguardistas, consiguiendo con esto una poesía cuidadosa de la unión entre forma y sentido.”

En segundo lugar, porque en ella observamos temáticas poco abordadas en nuestro panorama poético joven: lo social, claramente expresado en Juan Carlos Acevedo; más sutil pero igualmente presente en la voz de Felipe Martínez Pinzón, quien vislumbra así el mapa de Colombia: “[...] de aristas temblorosas, un pedazo de pan agujereado / por los peces, que se hunde con el óxido de las monedas / en las piletas

de las plazas”; o en esa entrañable defensa del libro que hace John J. Junieles en su poética: “Detrás de cada libro hay dos seres que no se están matando a tiros; alguien que escribe y alguien que lee”; y lo religioso, motivo con tratamientos formales distintos en los poemas de Ricardo Silva Romero o Giovanni Gómez, o en el tono místico de Alejandro Burgos Bernal.

Sabido es que esta generación de poetas nace y vive enmarcada por la violencia: la externa —casi tan cercana como la propia gracias a la globalización de la información— y la que ha vivido Colombia en las últimas décadas. Así, no nos extraña la ausencia de un tono festivo en sus letras. Más allá del escepticismo, han sabido expresar con sobria belleza la amargura, pero también la cotidianidad, el amor, la ciudad: “he visto la ciudad recostada al río, / tendida en su orilla / como una bestia exhausta tras la / persecución” (Pascual Gaviria Uribe). Disfrutemos entonces las palabras de John J. Junieles, John Galán Casanova, Alejandro Burgos Bernal, Pascual Gaviria Uribe, Felipe García Quintero, Juan Carlos Acevedo, Ricardo Silva Romero, Catalina González Restrepo, Giovanni Gómez, Lucía Estrada, Felipe Martínez Pinzón y Andrea Cote Botero.

Carmina Estrada

Retrato cenital (de la serie *Expreso de imprecisiones*), óleo/tabla, 35 x 35 cm, 2007

Poesía de Colombia



Doce nuevos poetas colombianos: entre la tradición y la transición

Federico Díaz-Granados

Todo empezó esa fría, nublada y desapacible mañana del 5 de junio de 1967 en Buenos Aires. La gente se agolpaba en los quioscos para leer los titulares de *La Nación*, *La Razón* y *El Clarín*. Otros, por supuesto, acudían a conseguir *El Gráfico* para enterarse de los detalles de la fecha futbolera del día anterior. River Plate estaba a punto de ser eliminado de la fase final del torneo, y entre revistas, periódicos y suplementos atrasados, los bonaerenses se encontraron con un libro de portada exótica: un galeón español que flota en medio de la selva y unas flores anaranjadas y un título en negro: *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, Editorial Sudamericana.¹

Nada volvió a ser lo mismo en la literatura colombiana: a partir de esa fría mañana argentina Macondo hacía universal a un país sumergido desde el mismo instante de sus gestas independentistas en la más profunda y contradictoria violencia. La epopeya de la familia Buendía con su carga de mitos y supersticiones nos devolvía, además, la memoria mutilada. Antes de *Cien años de soledad*, los textos oficiales omitían episodios de nuestra historia como la Masacre de las bananeras entre otros. Allí, una vez más la literatura cumplía el honroso papel de contar las cosas y los sucesos desde el lado de los vencidos y no de los vencedores como suele ocurrir en la cotidianidad.

Así, los poetas colombianos nacidos en la década de 1970 aprendieron a leer y a conocer la historia reciente de su país a través de la palabra del “patriarca” mayor de las letras nacionales. La saga macondiana les permitía entender la condición de ser nacionales en un país tropical y de reconocer una tradición que hasta ese entonces no despuntaba por fuera de sus fronteras pero que sobresalía con cierta dignidad gracias a obras como *María* de Jorge Isaacs, *La vorágine* de José Eustasio Rivera y los *Nocturnos* del “bogotano universal” José Asunción Silva.

Sin embargo, a pesar de la amnesia de tantas generaciones, episodios como la Guerra de los mil días, el 9 de abril, la violencia liberal y conservadora, los nacimientos de las guerrillas, las masacres paramilitares de los últimos años, el fenómeno del narcotráfico y el sicariato eran parte del imaginario común de los padres de es-

¹ Eligio García Márquez, *Tras las claves de Melquíades*, Norma, Bogotá. 2003, pg. 16.



ta nueva promoción o generación de poetas. Pero si bien estos eran episodios del pasado de la patria, fue en la década de 1980, época en la que estos poetas llegaban a la adolescencia, en la que se terminó de desangrar al país: la toma del Palacio de Justicia, el exterminio de un partido de izquierda y el auge del narcoterrorismo marcaron para siempre a las nuevas generaciones colombianas y, por supuesto, a sus poetas. Si bien los nuevos vates eran hijos de la llamada “Generación desencantada”, su escepticismo se hacía mayor ante la cruda realidad que pasaba indeleble ante sus ojos.

A los poetas colombianos nacidos en la década de 1970, al igual que a sus coetáneos en otras latitudes y hemisferios, les correspondió vivir en un mundo *ancho y ajeno*, con un porcentaje de hambrientos y analfabetos que supera todos los límites. El jeroglífico del mundo lo vieron de frente y las claves de acceso a los entresijos de la crisis cada día fueron más escasas. No hubo un sésamo que abriera esas *puertas de la percepción*, como diría el poeta William Blake. Se globalizó el hambre y la miseria y, como aldeanos globales, tuvieron el privilegio de ver en vivo y en directo el bombardeo a Bagdad, la legendaria ciudad de las mezquitas azules que conocieron a través de las páginas de *Las mil y una noches*. Fueron testigos de las desdichas y las guerras en la cuna de la civilización occidental por internet.

Así, globalizados, internetizados y desutopizados son los poetas de esta nueva generación, herederos de una hermosa y compleja tradición literaria y cercanos a la sensibilidad del rock y de los nuevos héroes: Maradona, Michael Jackson, Madonna, fueron los íconos

Federico Díaz-Granados. Poeta, periodista, profesor de literatura y divulgador cultural nacido en Bogotá en 1974. Ha compilado las antologías *Oscuro es el canto de la lluvia. Antología de una nueva poesía colombiana* (Alianza Francesa/Casa de Poesía Silva, 1997), *Inventario a contraluz. Antología de nueva poesía colombiana* (Arango Editores, 2001), *Poemas a Dios* (Planeta, 2001) y *Poemas a la patria* (Planeta, 2001). Es coautor de *El amplio jardín. Antología de poesía joven de Colombia y Uruguay* (Embajada de Colombia en Uruguay/ Ministerio de Educación y Cultura de la República Oriental del Uruguay, 2005). Además ha publicado los libros de poesía *Las voces del fuego* (Proyecto Editorial Famas y Cronopios, 1995), *La casa del viento (Golpe de dados, 2000)*, *Hospedaje de paso* (tres ediciones: Ediciones San Librario, 2003; Universidad Nacional de Colombia, 2003 y *Golpe de dados, 2004*). La Universidad Externado de Colombia publicó una antología de sus poemas con el título *Álbum de los adioses* (2006). En 1998 aparecieron sus versiones de la poesía de Jim Morrison bajo el título *Una oración americana* (Altazor Editores). Actualmente es subdirector de la revista de poesía *Golpe de dados* —la más antigua publicación de poesía en Colombia—, a la cual está vinculado desde 1996. Forma parte del comité organizador del Festival de Poesía de Bogotá. Sus poemas, al igual que sus reseñas y ensayos sobre literatura han aparecido en publicaciones de Colombia y el exterior. Ha participado en numerosos festivales, congresos y eventos literarios en Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Cuba, Ecuador y Venezuela, entre otros.



Retrato de Nicolás (de la serie *Expreso de imprecisiones*), óleo/tabla, 30 x 40 cm, 2006

caídos en desgracia; *We are the World* fue el himno de una década que los involucró en el mundo, y *perestroika*, *glasnot*, Chernobil, fueron algunas de las palabras que aparecieron en la jerga común de los jóvenes.

Nunca, en sus años formativos, generación o promoción alguna estuvo expuesta a tanta información, a tantas imágenes, a tantos mensajes. Ante estos ojos se derrumbó un país y, con él, muchas verdades y certezas. Ha sido ésta, la más reciente promoción de poetas, una generación que heredó fragmentos y aplazamientos de una modernidad llena de miedos y paranoias.

Al mirarse en el espejo de la realidad, la poesía de estos años representa la fragmentación de tendencias y la consolidación de voces individuales. Cualquier reflexión sobre los acontecimientos que han marcado el final del siglo XX y los primeros años del XXI en Colombia establece de inmediato una relación con la

historia de su poesía, la cual ha dibujado una diversidad de voces que, a pesar de tener similares preocupaciones por el contexto social que rodea su quehacer creativo, el manejo del idioma y un permanente nutrir de las lecturas clásicas y contemporáneas, se han diferenciado por los intereses concretos de acuerdo con las realidades personales de cada poeta. Sin embargo, se puede notar en la gran mayoría de los incluidos en este panorama una profunda preocupación por el lenguaje, la configuración de la imagen y la reinscripción en tonos o formas clásicas.

La ciudad como escenario dominante y emblema del mundo moderno es protagonista de la nueva poesía colombiana, como también lo sigue siendo el amor, la muerte, el implacable paso del tiempo y la cotidianidad con sus miserias. El viaje a la semilla, a la niñez, la elección de un lenguaje —conscientes de que es éste

el vehículo a través del cual se representan y se perciben dentro del mundo—, seguirán siendo preocupaciones cardinales de los recientes poetas.

Se pueden observar en esta muestra las características de una promoción que busca respuestas en la tradición poética y presenta menos intenciones rupturistas o neovanguardistas, consiguiendo con esto una poesía cuidadosa de la unión entre forma y sentido. Es curioso que los jóvenes poetas colombianos mantengan un talante tradicional en su poética. Poco de malabarismos vanguardistas o propuestas vertiginosas e irreverentes se ven en esta poesía, y sí mucho de trabajo riguroso con el idioma y de la delimitación de mundos personales desde la emoción y la reflexión.

Sin duda se trata de una promoción que ha hecho una lectura juiciosa y afectuosa de los poetas colombianos y de muchos de los autores ya considerados canónicos por la crítica, la academia y los lectores. Permanentes correspondencias con poetas clásicos latinoamericanos y colombianos. Conexiones programáticas e involuntarias afinidades permiten ver en estas voces ecos del Siglo de Oro español, de Rubén Darío, de Neruda, de Vallejo, de Huidobro, de Borges, de poetas españoles contemporáneos como Valente, Gamoneda, García Montero, y de compatriotas como José Asunción Silva, Porfirio Barba Jacob, Aurelio Arturo, León de Greiff, Héctor Rojas Herazo, Álvaro Mutis, Mario Rivero, José Manuel Arango, Giovanni Quessep, María Mercedes Carranza, Raúl Gómez Jattin, Darío Jaramillo Agudelo, William Ospina y Piedad Bonnet, entre otros.

En los últimos veinte años la poesía colombiana ha evolucionado con un rigor y una fortaleza a la par de un amplio movimiento poético y editorial, herencia de los años setenta, que se expresa a través de la creación de talleres y grupos, y en el desarrollo de nuevos espacios para la lectura de poesía, tales como recitales, encuentros, festivales y presentaciones. Vale la pena destacar la ardua labor de revistas como *Golpe de dados*, *Ulrika*, *Prometeo*, y festivales como los que cada año se realizan con éxito en Medellín, Bogotá, Cartagena, Manizales y Pereira, entre otras ciudades. De igual forma hay que destacar la honda huella que ha

dejado una institución como la Casa de Poesía Silva en Bogotá.

Al mirar a contraluz a la nueva poesía colombiana se pueden apreciar, a pesar de tratarse de obras en marcha, unas líneas estilísticas y estéticas claramente marcadas: una primera línea crítica y autoirónica, en la que podrían inscribirse las voces de Andrea Cote Botero, Lucía Estrada y John Galán; una segunda línea coloquial, que se puede apreciar en poemas de John J. Junieles, Catalina González y Juan Carlos Acevedo, quienes demuestran que la vida diaria y la conversación cotidiana son fuentes verdaderas de la poesía de todos los tiempos; una tercera línea de talante clásico y filosófico cercana al aforismo y a la reflexión, en la que encontramos al poeta Felipe García Quintero; una cuarta línea de perfil barroco que encabezaría el poeta Alejandro Burgos Bernal; una quinta línea de corte prosaico y narrativo, en la que se ubicaría fácilmente a Ricardo Silva Romero, Felipe Martínez Pinzón y Pascual Gaviria; y una sexta línea lírica formal, que se puede vislumbrar en un poeta como Giovanni Gómez.

El presente panorama reúne, además, un azar de voces, de acentos y de tonos que considero son representativos del mapa poético del país y cuyo recorrido ya ha comenzado a alcanzar el reconocimiento nacional e internacional. A los premios internacionales de poesía Jaime Sabines en México y Casa de América en España, otorgados a dos de los poetas más significativos entre los nacidos en la década de 1960 —Juan Felipe Robledo y Ramón Cote Baraibar, respectivamente—, se suman los reconocimientos a John J. Junieles (Premio Internacional de Poesía, Ciudad Alajuela, Costa Rica), Alejandro Burgos Bernal (Premio Internacional de Poesía Gabriel Celaya, España), Felipe García Quintero (Premio Internacional de Poesía Pablo Neruda) y Andrea Cote Botero (Premio Mundial de Poesía Joven “Puentes de Struga”, otorgado por la UNESCO y el Festival de Poesía de Macedonia), entre otros.

De ahí que estos poetas configuren la carta de navegación para un nuevo siglo en la poesía colombiana, entrecruzando diferentes tendencias de la tradición literaria de nuestro país. Son los antecedentes de una propuesta estética y ética frente al mundo, de un rea-



Cuerpo (de la serie *Expreso de imprecisiones*), óleo/tabla, 100 x 80 cm, 2007

lismo testimonial, de una lírica decantada, presente en estos poetas nacidos entre 1970 y 1981, quienes han sabido asimilar sabiamente las luces y las sombras de sus antecesores y de cada escuela, grupo y movimiento presente en el panorama lírico colombiano. Se trata precisamente de una promoción de autores que no plantean un “parricidio”, sino que, por el contrario, asimilan y realizan una lectura crítica de sus obras, y desde su pluralidad de voces logran esbozar un nuevo croquis de la geografía poética del país, una especie de innovación ligada a la tradición. Innovación no se trata precisamente de romper, sino de indagar las raíces en sus mares profundos y secretos, y redefinirlas.

Por eso no se trata de una voluntad de grupo, generación, movimiento y corriente sino, por el contrario,

de mostrar una diversidad de configuración de mundos, tópicos, lenguaje donde el tono generacional lo marca un compás especial como lo es la lectura de la tradición lírica colombiana e hispanoamericana en particular. Así podemos encontrar una poesía que regresa sobre sí misma a su matriz temática, confesional, reflexiva, testimonial, con un alto contenido de metáforas y de imágenes.

¿Podrá toda aquella emoción leída y degustada, toda aquella maravilla verbal modificarse? ¿Morirá toda aquella fuerza espiritual bajo el peso letal del consumismo? Pues no. Ni el sarampión de la tecnología ni la transformación aparente de los géneros literarios hará desaparecer esta indefinible comunión. Cuando el transporte de la diligencia se implantó en los caminos pedregosos de España, el poeta imitó su letanía de ruedas con los después famosos y monótonos poemas escritos a la cuaderna vía. Quizás en los próximos años algunas de estas voces poéticas intenten imitar los misterios sin gracia del ciberespacio, la aldea global y la realidad virtual de estos días posmodernos adversos a cualquier manifestación de la belleza.

Por eso, en estos tiempos en los que muchas mitologías han quedado atrás y resultan anacrónicas, y cuando nuestra búsqueda del origen se ha perdido en la noche de los días cibernéticos, lo divino ha encontrado en la poesía su verdadero refugio para conciliar sus certezas. La poesía de este nuevo siglo agonizante lleva en sí misma la atroz letanía de lo apocalíptico. Ya no existe la amenaza de destrucción nuclear que nos aterrorizaba hace veinte años, pero sí nos produce pesadillas la probabilidad de que el mundo moderno cercene nuestras íntimas emociones. A pesar de todo eso, y si bien la juventud es un accidente cronológico que, afortunadamente, se pasa con el tiempo, este “parte de guerra”, estas noticias de la nueva poesía colombiana, nos permiten pensar que no todo está perdido y que, como lo recordó el poeta León de Greiff, “Después de tantas y de tan pequeñas cosas busca el espíritu mejores aires, mejores aires”. ●

Virginal, fotografía digital, 20 x 12 cm, 2007



John J. Junieles

Sincé, Sucre, 1970

Arte poética de un artista sin patio, disfrazado de Blue Demon

A los seis años acostumbraba gritar por la ventana para asustar a la gente que pasaba por la calle, a los siete empecé a tirarles cosas, a los ocho me tiré yo por la ventana. Antes que escritor soy un lector, nunca salgo de casa sin un libro en las manos. Detrás de cada libro hay dos seres que no se están matando a tiros; alguien que escribe y alguien que lee, y eso, en un país como Colombia, es demasiado importante. Siempre he visto mucho cine, me la paso imaginando versiones nuevas de las películas que he visto. Fue el cine lo que me llevó a la literatura. Si Manuel Puig tuvo su Rita Hayworth, Cortázar su Glenda Jackson, y Cabrera Infante una larga lista, yo tengo las mías: Vanessa Redgrave y Nicole Kidman. Nadie escribe lo que quiere, sino lo que puede (lo dijo primero Chejov, después García Márquez); es decir, a veces se empieza a escribir una historia, y otra historia diferente a la planeada va saliendo, no importa, hay que recibirla con gratitud. En realidad se escribe con una sola tecla, la más importante: Delete (la que borra). En el cuento y la novela somos otros sin dejar de ser los mismos. En ellos siempre debe estar la poesía que, por alguna razón, abre más espacios al corazón que a la mente. No es con las palabras, sino con los silencios que damos forma a lo impronunciable. Misterioso hábito forjar palabras como espejos, donde los hombres descubran en otros aquello que se ocultan a sí mismos. Cada escritor tiene sus obsesiones temáticas, su particular manera de sentir y contar el mundo. Lo que creo que sufrimos es la ausencia de compromisos con la realidad, eso no significa que crea que es un deber del escritor ser militante de alguna causa. Sólo que siento nostalgia de aquel escritor que era un revolucionario de su sociedad, teorizaba y actuaba en busca de una humanidad más justa y digna. Hay que revalorar el ejemplo de Camus y Cortázar, por ejemplo. Yo soy periodista, abogado, y me gusta serlo porque me abre puertas a mundos diferentes al mío. Debe ser aburridísimo ser escritor todo el tiempo, es mejor perderse de uno mismo para encontrarse en los otros; aunque me hubiera gustado ser un guardia de faro, o el portero de un cine. Cuando estoy triste me meto a un cine, y recuerdo que en alguna guerra un soldado se hace el muerto para seguir viviendo. Blue Demon fue mi último disfraz de día de brujas en 1978.

Una vieja historia

En otro lugar me esperan.

Paul Celan

Esta es una vieja historia.
 Mi primer hermano no llegó a nacer
 y fue enterrado en el patio,
 que es hoy un lugar sagrado.
 Luego nací yo.

Mis padres me llamaron como a él,
 condenado a saber que cada gesto
 y acto mío es inferior a él,
 quien hubiera sido capaz de volar,
 mientras yo ocupó el espacio suyo,
 el aire de sus palabras,
 todo eso que me queda grande.

Ya no hay ruidos en el patio,
 las gallinas son frutos extraños
 en las ramas.
 La tarde abre sus venas en el horizonte,
 y me trae cosas de otro tiempo.
 Cuántas lunas para llegar a mí,
 si cuando miro atrás creo que
 no son más las huellas que he dejado.
 Hay alguien morándome, yo sé,
 somos dos sombras bajo una estrella
 que no es la suya.



John J. Junieles. Escritor, periodista y guionista. Estudió derecho y ciencias políticas en la Universidad de Cartagena, y periodismo en la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano. Es autor de los libros de poesía *Papeles para iniciar el fuego* (Lealón, 1993), *Canciones de un barrio en la frontera* (Secretaría de Cultura de Bogotá, 2002; Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá, 2002), *Viajero con pasaje a tierra extraña* (Rosebud, 2006; Premio Internacional de Poesía, Ciudad Alajuela, Costa Rica, 2005); de cuentos *El temblor del kamikaze* (Eafit, 2003) y *Con la luz que me queda basta* (Panamericana, 2007); de prosa poética *Temeré por mí al final de estas líneas* (Lealón, 1996); la novela *Hombres solos en la fila del cine* (Instituto Mario Vargas Llosa, 2004) y la antología *Alfabeto del fantasma* (Rosebud, 2007). Ha sido docente universitario, investigador académico, redactor de *El Universal* de Cartagena, de *El Periódico de Cartagena* y de la revista *Noventaynueve*, así como periodista del Festival Internacional de Cine de Cartagena. Es miembro del PEN club de Colombia.

Temeré por mí al final de estas líneas

Sé que está solo,
no como el primer hombre,
sino como el último.

Sabe que cada noche será peor y
ya que no hay nada por hacer.

Sabe que las noches son más largas para él
que para cualquier otro hombre,
que no hay nada que pueda cambiar ese destino,
y ya no tendría el coraje.

Sabe que no hay hadas madrinas de este lado
del sol, que no hay frutas gratuitas,
que los mamíferos no se aman para siempre.

Donde quiera que se encuentre habrá una
parte suya que nunca estará con él.
Tal vez sus ojos llevan estrellas de otros cielos,
sus zapatos, polvo de otros caminos.

Sé que en su pecho se mueve con lástima
una cosa dura, y que cuando pienso en él,
como ahora frente al espejo,
está más solo todavía.

Evocación del alba en la plaza del Zócalo

*Nada me desengaña,
el mundo me ha hechizado.*

Quevedo

Qué es esta luz donde vuelvo a ser Adán
nombrando piedras y cosas que se mueven,
con esta voz que talla en la honda madera del silencio.

Palomas de esquina Francisco Madero,
sacerdotisas del azul mañana aleteando en la luz,
como en una vieja película en blanco y negro que vi de niño
y para siempre.

Hay un rumor de confesión habitando el aire de esta madrugada
de aceras rotas, piedras que dicen al paseante:
soy aquello que queda después de tus pasos.

Nariz de piedra y águila de los mexicanos,
cascada de luz en el rostro.
Desde esta esquina el tiempo parece
irse a ninguna parte.
Un oro vago tiembla tras las duras azoteas,
la lenta intención del día, abriéndose como una flor de luz.

Arroba mi corazón sentir cómo ciertos momentos
parecen ser toda una vida, y luego,
uno simplemente sigue andando.

El siempre abrazo

Hasta mi soledad llegan los amigos
ellos saben dónde buscarme y encontrar.

Aunque no conocen con certeza lo que soy
lo presienten —dicen—
no espero que puedan entender
por qué inútilmente debo ser Junieles
por qué tomo a veces el teléfono, me llamo
y no me encuentro;
por qué pierdo tiempo enseñando lo que no
se puede —que una palabra es la distancia—

A ellos me une algo más que unos tragos
y una pila de libros mal leídos;
mi gente del converse y del enamore.

Pero la soledad estaba antes que ellos,
por eso no se ha ido y me reclama,
no es que la ame más pero sí por más tiempo.

Los amigos,
les digo adiós,
y enseguida lamento haberlo dicho.



Perfil (de la serie *Expreso de imprecisiones*),
 óleo/tabla, 35 x 35 cm, 2006

Poema de madre

La vida es una mujer con sus dos manos para hacer lo que haga falta.
 Un marcado aire de familia me une con esta modista que lleva
 treinta años frente a una Singer,
 que escucha radionovelas, y que aún conserva en un armario
 los tres ombligos de sus hijos.

¿De qué madera está hecha esta canoa que lleva medio río sin
 quejas, y piensa que todo mal lleva al bien amarrado en la cola?
 ¿Cuántas muertes me faltan a mí para parecerme a ella?,
 para decir como dice ella: “Si vives como si tuvieras fe,
 la fe te será otorgada.”

Años antes de que yo naciera madre colgó una estampa que
 aún pervive: Dos niños recogen flores a la orilla de un despeñadero
 y un Ángel de la Guarda conjura el peligro con su presencia.

Dime madre con tus ojos el secreto,
 dime cómo se llega alegre hasta el final,
 a pesar de los abismos,
 dímelo a mí, que soy la única pluma sucia de tus alas.

Un viejo vecino de Longueville invita a Nicole Kidman

Ven desde tu tierra roja, desde tu refugio allá en la vieja casa de Longueville, donde mordías la tela de una muñeca pensando en cosas lejanas. Entonces yo era tu vecino, un patio y dos mundos más allá.

Aparta la cortina que te separa, asómate, deja que la luz se arrodille y el mundo se abra como un mantel ante tus ojos, que hacen olvidar el paso de las nubes. No es el cielo que cae a pedazos, son tus ojos, la delgada marea de sus párpados; es como ver el mar, y el mar nunca es igual dos veces.

Mis pies conocen el paisaje de tu espejo, soy la sombra que ves pasar mientras te peinas. Soy quien te llama cuando nadie te está llamando. No tengas miedo, yo también aprendí a leer a Emily Dickinson en voz baja, y a no cerrar los ojos de la nuca en ciertas calles.

Un hombre que va solo al cine te está esperando. Existe en este mundo una ciudad, una esquina, una puerta que espera tus nudillos. Nadie recuerda el nombre que pronuncia mientras sueña,
yo sí, es tu nombre, que suena como el viento en valles y estaciones apacibles. Ven y dile adiós al frío, a tus mejillas color de tarde derrotada.

Te enseñaré cómo se cazan las mariposas, y haré que nazcan plumas en tu espalda.

John Galán Casanova

Bogotá, 1970

Poética

Las putas y los poetas

*Los poetas llegan
caídos de la borrachera
y hablan y hablan y hablan.*

*Poeta que se respete
carga un poema en el que ha escrito
sobre nosotras, la libertad,
el alcohol y otras lindezas.*

*Ellos saben
que aquí se les celebra todo
siempre y cuando traigan plata.*

Sin plata no hay poema que valga.

John Galán Casanova. Poeta y ensayista. Estudió literatura en la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado los libros de poemas *ALMACÉN ACOSTA* (Colcultura, 1993; Premio Nacional de Poesía Joven), *EL CORAZÓN PORTÁTIL* (Lealón, 1999) y *AY YA* (Ediciones El Ateneo, 2002). Es autor de una monografía sobre el cronista antioqueño Luis Tejada Cano (“Luis Tejada: crítica crónica”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, vol. XXX, núm. 33). Sostuvo la columna de opinión “En el camino” para el periódico *El Espectador* (julio de 1994-noviembre de 1995).

El oficio en casa, 6

I

Celebro los tejados:
su recia pertenencia a la intemperie,
su presencia desnuda de vanidades,
su intimidad sin orillas.

II

Arriba, el cielo.
Lienzo donde el viento
parece nunca decidirse
a plasmar definitivamente las nubes.

III

En los aleros de los muros,
las palomas.
De pronto dos,
de pronto una,
de pronto ninguna.

IV

Pendiente de la red del alumbrado,
en el astillado armazón de una cometa,
pervive una estrella extinta.

V

Han talado un árbol.
De vuelo en vuelo,
brizna por brizna,
las aves dismantelan su nido
y emigran hacia los tejados.

VI

Celebro los tejados:
su soledad nos aligera.
El vuelo de los pájaros
alivia un peso
en la espalda.

ALMACÉN ACOSTA

Viejas letras de madera sobre la fachada blanca de cal
anuncian a los pobladores el ALMACÉN ACOSTA.

Nadie se ha ocupado en reemplazar las que han caído.

Cuántos años creciendo recostado bajo el marco de la puerta
para nunca reparar en estas cosas.

Es preciso una tristeza que lo traiga a uno de regreso,
apoyar una escalera sobre el muro
y fijar el cartel:

EMILIO ACOSTA MARTÍNEZ
—mi padre, **HA MUERTO.**



Padre (de la serie *Destructura familiar*),
óleo/tabla, 40 x 30 cm, 2007

EL CORAZÓN PORTÁTIL

I

Se porta el corazón como una moneda.
Se arroja en cada fuente
esperando un golpe de suerte.
(O de soledad).

II

Nunca escasea el corazón.
No bien lo has perdido
y ya está el vacío en el pecho
acuñando uno nuevo.
Lo importante es no perder el vacío.

III

Lanza tu corazón desde la azotea
como un suicida.
No dejes de advertir: **PELIGRO**.
Justo es que quien intente atraparlo
sepa a qué atenerse.

Poema de la primera vez

Hay algo irrecuperable
en descubrir a un desconocido.
Ofrecerse ante la vista y el tacto
de quien hasta entonces
sólo nos ha tratado vestidos
entraña un acto de desprendimiento
poco común.
Si la ocasión permite
hacerlo sin vehemencia,
hay algo de paternal y fraterno
en desatar los cordones,
desajustar los broches
y bajar las cremalleras.
De este modo
las prendas van quedando en el suelo
como espigas segadas por el deseo.
Suele sobrevenir entonces
un instante en que la caja negra se abre
y retiene para siempre
un olor, un gesto, algún escorzo del cuerpo.
Luego vendrá lo de costumbre en estos casos:
las caricias, las precauciones, el delirio, el hastío,
el amor, la obsesión, las despedidas.
Cualquier cosa puede suceder
y llegar a borrarse.
Pero queda el tatuaje del instante
en que nos fue dado
robar el fuego
del aliento del desconocido.

AMORES, AMORES, AMORES.

Mil clases de amores.

Amor niño, amor lejano,
represado, negado, reclamado.

Amor vicio, inmortal, ingenuo.

¿Qué es el corazón?

¿Un venado o un cazador solitario?

¿Huyes o construyes? ¿O visitas?

¡Ah, visitas! Eres cosmopolita,
amor turista, televidente.

El amor y la experiencia loca.

El no querer refrenar el hocico
por doquier vital.

¿Pueden tejer dos de la misma hebra?

¿Jugar a las gallinitas y a las cachetadas del amor?

El amor y la disolución.

“Hubiera sido, hubiera sido posible”,

la frase más triste del mundo.

¡Qué ínfulas de arroz nupcial!

¡Y qué carencias!

Alejandro Burgos Bernal

Bogotá, 1970

Poética

Seth

Han sido meses y días y horas en que con desconsolada piedad me he dispuesto a la poesía como si ésta fuese un enigma, un enigma o una piedra. El significado de la vocación poética se me ha ido dando a través de una imagen: el corto viaje de Seth a las puertas del paraíso, su padre moribundo sobre la tierra agria y seca y cuatro generaciones de hombres que lo lloran y un árbol que crece en sus entrañas.

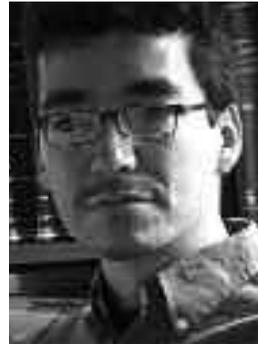
Seth como emisario del padre enfermo recorre la distancia que separa el paraíso de la tierra infértil de su estirpe. Lleva consigo una aceitera con el fin de rogar al ángel guardián del paraíso que le dé unas cuantas gotas del aceite de la misericordia, aceite que había de servir a su padre quien por vez primera en el tiempo del mundo enfrentaba la muerte. Mas no tuvo a bien el ángel dar un poco de ese aceite de lástima, no tuvo a bien salvar la vida con la piedad. En cambio del aceite el ángel dio a Seth una ramita de árbol: plantada y crecida en árbol daría la cura al moribundo. Mas antes que Seth volviera, la aceitera vacía y en mano una ramita, antes que volviera terminaba la batalla. Formas brillantes como dientes yacían en tierra cerca del cuerpo muerto, la espesura se cerraba, antes que Seth volviera todo hubo de ser perdido.

Seth entonces —aceite onfacino fue aquello, aceite de almendra amarga sobre la herida— puso la ramita en la boca del padre muerto. De aquí, aquí crecería en árbol algún día.

Fueron meses y días y horas en que con desconsolada piedad me dispuse a la poesía: no sabía —la imagen es siempre un enigma— y tal vez no me sea dado saberlo, y ha de ser milagrosa esta secreta vía, milagrosa esta cruz exigua, no sabía la cualidad de la poesía ni su manera. Supe —de piedra es la sombra del árbol— supe que el enigma de la poesía era como un cristal de roca: transparente y mutable y duro.

*Una herida
dolorosa
como un ojo,
profunda y vertical
como la lengua.*

Alejandro Burgos Bernal. Inició sus estudios de filosofía y letras en la Universidad Nacional de Colombia; obtuvo una beca del gobierno italiano y los concluyó en la Università degli Studi di Roma “La Sapienza”. Allí también —en colaboración con el MACRO (Museo d’Arte Contemporanea di Roma)— realizó estudios de maestría en curaduría de exposiciones de arte contemporáneo. Actualmente reside en Bogotá. Ha publicado en revistas de Colombia y España. En el año 2001 ganó el Premio Internacional de Poesía Gabriel Celaya con el libro *Dulcamaras*, publicado en Valencia en ese mismo año por la editorial Germania.



Hermano Kiril

De nuevo observaba los árboles, esta vez después de las heladas, el negro maderamen como sombra de un enramado nevisco, observaba los árboles sin bosque que blancos como el día bajaban hasta el río. El Hermano Kiril también había bajado, negra su corteza poco antes del alba. Negra la marga con que pobremente se cubría y seco el leño de su suerte y negra la noche y cruel. Ya amanecía cuando lo posamos sobre el río. Y con sólo el peso de la muerte ese leño de mar no se partía, con sólo el peso de la muerte el agua era de cristal de piedra y el Hermano Kiril piedra albestina y fría, aquí de tan alubre. (Observaba yo los árboles entonces, otra vez después de las heladas, el negro maderamen del invierno —enramado nevisco—, observaba los árboles que blancos como el Hermano Kiril ennegrecían sobre el río).

No comí ni bebí durante días, sufrí también el frío. “Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos.” Durante días, Hermano Kiril, yo no comí ni bebí recordando el aspecto ruín que te traías, como de tocón de sauce, de tueco seco y ocre y coronado de ramitas duras. Te recogimos así, desenraizado en la altísima vía mala, convertido a la piedra en nombre de Saúl. Ocre tu piel y gris mientras bajabas al valle, oscuro el cielo, ocre tu piel y gris mientras presumías: “¿Son hebreos?, yo también. ¿Son israelitas?, también yo. ¿Son del linaje de Abraham?, también yo.

¿Son ministros de Cristo? Yo lo soy más.”

Ya amanecía cuando te posamos sobre el río. Y con sólo el peso de tu muerte ese leño de mar no se partía, con sólo el peso de la muerte el agua era cristal de piedra y tú, Hermano Kiril, tú nada eras.

Sólo una piedra albestina y fría. Tan sólo una piedra albestina y fría.

Liminar

Estoy encerrado en un árbol.

El árbol grita a su manera.

Augusto Roa Bastos, *Yo el supremo*

Que lo estuve, y si lo estoy es un rumorío de ramas secas este articular elementos de transparencia. Encerrado en un árbol. En su grito a su manera, perenne manera, leñosa, elevada manera. Arborescido de poco más o menos sobre la ribera, ribaldo, arborezco de mezquina riba, non veo do ribar, no vi do ribar y le vendí mi alma. De poco más o menos a sur del puente, fábrica de piedra, ladrillo, madera y hierro. Que si grito, mas tan sólo si susurrase, polvúsculo en potencia de diafanidad, ahora menudencia de tierra, muy seca sequedad de fauces, hiena secaña; si grito exhalo sombras. Y en estornudos se me van las arbustivas pausas, obligaciones tonales en modo menor, debe ser mi manera de llover.

Ripios de niebla, delgados, desiguales, sin pulir, teja techumbre de la obscurecida tierra, soy poco de voz y mis propias cosas, enclenques de común decir, de débil sentencia. Añublo sin olor del día, de la luz con sus tintas, de la luz de sus ojos, de la vida de su vida. Ya la vida peligro en José de Arimatea, anteomnina, pero fue en sombra de grandeza, más bien bermellón, más bien carmín fino, más bien sombra de Venecia; lo mío es sombra de hueso, color oscuro, blancor ofuscado, amarillo biliar, de entraña, de entraña enferma; si el oso enferma come hormigas. Mi sombra es hormiguera, roe retoños. Mi sombra, osario, no desmiente el hambre.

De raso hago lugar, aldeorrio raído, arrasados los ojos, hinchados, de lágrimas guijarros, de lágrimas piedras, empedrando aldealrío, flor de cardo silvestre soy, buche del río, en mí cuaja culantro, maná sin olor a miel, mana cuajarón helado, mana rocío, sí, rocío, lluvia tenue por manda en razón del frío, ínfima región del aire, mi tierra, Santo Antonio Abad, mi tierra: ese blanco vellón leve.

Teodulo Yaurí, ya tú estás muerto

Así fue como, una alborada, entramos en la ciudad
y, mansa lengua de un perro, vientre triste de perra
lo hicimos nocharniegos con don Teodulo Yaurí.

Nos había recogido arriba en la vía del páramo y
recio como albarrano escupía sales.
Pudría lo tierno y lo frío y tiña criaba.

Batalla prometía y venganza. Páramo seco y tierra mara:
libaba cuajo de la Virgen Santa y sangraza ofrendaba
por Eberto Solano y por Cardozo Abram.

Quedito masticaba: “D’estas puercas piedras suscitaré
hijos a don Abram y plumas a don Eberto,
d’estas puercas piedras primogénitos y un pollo diagua.”

Brillaba oscura esa filuda macheta camino al bajío
resollaba cerca de la raíz de la madre diagua
descendía, puta madre, descendía, flor de suelo.

Agredía agua y su escarche chispeaba como brusca,
ardía su helada blanca. Bien abajo, cual ramaje,
la ciudad crepitaba de rocío por lo seco.

“Teodulo Yaurí, tú ya estás muerto.”
dijo quien conmigo estaba, quien guiaba, mi maestro
y lo hizo con tierna hipocresía, higiénico y antiguo.

Y así como tres ojos cierra el sueño en las ramerías
y tras las crudas valvas arena muerta se acumula
encallose la gorja de Yaurí y allí su esporo.

Bajábamos ahora silenciosos por el cerro,
alta la saetía sobre la flor de mara
liviana cuesta abajo y rencorosa.

Bajábamos Maestro y Teodulo y yo, por una encía de montaña
que después se abría en aguas lutas
como se abre el puño sucio de un mendigo.

Sobre la vocación

Dicho sea de paso: la poesía de Fernando Pessoa es imágenes de Lisboa, es sólo imágenes de Lisboa

I. Simplicidad sin ostentación.

El condesito despierta en la ciudad de Lisboa, despierta en la puerta de cafés, bajo la lluvia entorrecida de su sueño y a la vuelta de esquinas —Lourenço Santos Ltda Camiseiros o tal vez la Tabacquería Pires en Rua da Prata esquina— como bajo paraguas metafísicos, cortando en la lluvia una flaca vigilia, una columna de sombra seca, a la vuelta de esquinas —y sólo a veces, sólo a veces... es que el sueño es triste— se va cruzando con sus vísperas como si hubiese querido renunciar a la lluvia o enflaquecer de caridad. Como si alguna expresión de realidad hubiese de persistir en el desamparo.

Como si hubiese velado toda la noche en oración.

II. Mientras que algo es bello es posible aferrar su esencia.

Ayunó el condesito, sin ser témporas ni vigiliadas. Hora tras hora fue su sombra. Se detuvo en los cafés, Lisboas sin Fernando —¿qué habrá sido de él? Fernando—, tabacquerías sin Alves ni marismas. Es fantástico cómo se tomaba una botella de aguardiente, de esas de antes con el tapón de vidrio... como si se quisiera matar. Pero no, no es eso, no es eso: a pecho abierto no se escuchan lamentos de mercado, una lejana vigilia sí, un corazón que nunca duerme, mas tan leve que ni tan siquiera es vida; a pecho abierto, desde el acabarse la de nona hasta ponerse el sol —oficio divino al fin y al cabo—, mirad, la Rua do Alecrim enneblinada.

Como si se pudiese morir de iniquidad.

Como si el alma fuese todo lo que es. El alma... la forma de las formas.

*Me pregunto si, como San Ambrosio, eres
capaz de leer in immensum loqui.*

III. Dios envió los clérigos, mas el diablo envió bufones.

La sangre en lluvia, el condesito, resplandor blanquecino de su ser. Sus ojos fríos como el mar miraron el Tajo desierto y mudo. Hojosos ramos en cortejo fúnebre: su madera es dura de color rojo como el fruto: *Liliata rutilantium te confessorum turma circumdet: iubilantium te virginum chorus excipiat...* Sus flores verdes, a modo de ramilletes. Pavorosamente perdida, la ciudad.

Oh María, virgen santa, finalmente mi espíritu adivino...

Oh María, virgen santa... ¿sobre qué sangre caminar?

Como si hubiese teñido su sombra en veneno asirio, como en púrpura las lanas blancas.



Navegante nocturno, fotografía digital, 30 x 20 cm, 2007

IV. Yo no tengo caridad.

Lluvia es que el templo está encendido. Va iluminado por dentro el condesito, en disposición presbiterial: exorcista, acólito y ostiario. Tiene potestad para admitir los dignos y la ejerce entre difuntos: Agüedita, Nativa, Miguel... cuidado, cuidadito con ir por ahí, por donde acaban de pasar ganguendo sus memorias dobladoras penas, hacia el silencioso corral: Almada, César, Samuel... holgazanes de arte e industria, no vaguéis de alma en alma, fingiendo pobreza, hurtando artificios. No vaguéis de alma en alma pregonando cenizas.

Cuidado, cuidadito con ir por ahí salmodeando lección superior al desengaño.

Como si Lisboa fuese casa santísima y misericordiosa.

Como si fuese, Lisboa.

V. “¿Usted sabe cuántos de los míos ardieron? En Pskov, en Novgorod...”.

Una dolorosa enfermedad, el condesito. Qué milagrosa manera ésta de caer, vestido como era de noble color, humilde y honesto. Persona devota sin duda, oyendo los divinos oficios en hábito sanguino. No hubo médico o medicastro —ni por filosofía natural, ni por física, ni por arte de astrología— que para esta enfermedad tuviese cura. Que el condesito llamaba a la muerte y decía: dulce, dulce muerte, ven a mí, que ya yo llevo puesto tu color.

Como si la mar tuviese vientre y Lisboa sólo sepulcros.

Como si la nada fuese en olor de hoja de olivo.

Retrato en escorzo (de la serie *Expreso de imprecisiones*), óleo/tabla, 35 x 35 cm, 2007



Pascual Gaviria Uribe

Medellín, 1972

Poética

Pacientes caligrafías

Se han ido trazando lentos, duros,

ocultos a todos.

Bajo innumerables vaivenes,

bajo vientos que redondean follajes

y cambian sus colores;

se han ido trazando los precisos círculos.

Allí están escritas las lluvias,

las sombras,

y del pájaro, el nervioso ojo naranja.



EL TIRO INFANTIL, DESPREVENIDO
 marcará siempre el centro.

La piedrita cae lentamente en ese mundo
 oscuro,

y el ojo comienza a extenderse, a grandes
 círculos,
 inmenso,
 recorriendo el fondo, abarcando el cielo.

Morirá lentamente. La pupila en lo más
 hondo,
 La pequeña mano ociosa.

Pascual Gaviria Uribe. Abogado en uso de buen retiro. Columnista de prensa desde 1998. Ha publicado columnas en diversos periódicos regionales y actualmente sus notas aparecen semanalmente en la revista *Cambio*. Colabora además con la revista de la Universidad de Antioquia y la revista *Yesca y Pedernal* editada por la Universidad Eafit de Medellín. En 1997 obtuvo el primer lugar en el concurso de poesía Ciudad Viva, en Medellín, y en 1999 el premio departamental de poesía en Antioquia, organizado por el Ministerio de Cultura. En ese mismo año la editorial de la Universidad de Antioquia publicó su libro de poemas *Pacientes caligrafías*. En compañía de otros tres autores publicó, en 2001, un libro de crónicas titulado *Medias tintas*, como parte del proyecto editorial rabodeají. Es fundador y codirector de la revista digital www.rabodeaji.com.

Tiene sus días ese río

Pero tiene sus días ese río venido a menos,
ese río que llamaban de fiebre y de aguas modestas.

Alguien le presta sus poderes,
lo despierta de su *ocio atareado* y le aconseja la furia,
la embestida.

De nuevo puede esconder misterios entre sus aguas pardas,
dejar asomar el lomo de algún animal muerto
para tragarlo de nuevo con la avidez de una fiera mayor,
o mostrarnos orgulloso algunos restos de los estragos
que ha dejado entre los hombres,
arrastrando el botín que ha rapado a sus cuidados,
un botín raído de colchones, ruedas de bicicleta y alguna silla desresortada;

y es posible que su furia sea cruel
y que en medio de los despojos, como otro más,
baje el cuerpo de *la muchacha ahogada*.
Y puede oírse de nuevo su paso,
no la alegre canción de las aguas sino un rumor oscuro de piedras y troncos,
un ronroneo de malos presagios.

Cuando llegan esos días de gloria
me extraño del poco aliento
que parecen tener los encargados de cuidar su fuerza desbocada.
Desde sus orillas lo miran pasar,
escuálidos y curtidos de vivir entre las grutas
que traen las tintas de la ciudad al río.

No tienen problema en regalarle sus hilachas,
saben que bajarán los ímpetus

y de nuevo será hora de esculcar entre su lecho de piedras,
sacar sus arenas y arrullarse con su música más leve,
sólo a ellos concedida.

Celebran su arrebato
con la alegría del amo ante la gracia insolente de su perro.
Son las ondinas y los genios tutelares del río.
Famélicas y desgarrados.



Retrato de Camila (de la serie *Expreso de imprecisiones*), óleo/tabla, 35 x 35 cm, 2007

Naos

No tienen las nubes sólo el lento ritmo de las
naos,

tienen además
el tardo y fúnebre paso del último barquero,

mensajero que anuncia y trae la muerte;

y el blanco de las velas,

hinchidas contra el viento y el sol.

Las frágiles velas,

en las que Conrad sólo viera telarañas e hilos.

Y sus sombras recorren nuestro mundo

sin emblemas, sin banderas

como si sólo fuese un sinuoso fondo.

(agosto de 1998)

Nervaduras

A contraluz el sol nos muestra los
intrincados caminos
sobre las brillantes hojas verdes.

Vemos sus venas, casi las sentimos bullir.

Más tarde cuando se hacen lisas,
de un mismo verde,
el sol afila, aguza el borde de una montaña
como si apenas fuera una nervadura.

(julio de 1998)

A vuelo de pájaro

A vuelo de pájaro
he visto la ciudad recostada al río,
tendida en su orilla
como una bestia exhausta tras la
persecución.

Tal vez beba un poco de agua
con la mirada fija e inquieta en la oscuridad.
Adivino su respiración agitada
sus costados que se ensanchan y se encogen,
en el titileo de las luces desde lo alto.
Está acorralada y temerosa,
es una presa fácil.

Guijarros

Y la voz del gran tonante clama: ¿pensáis en mí?

*Y resuenan las entristecidas olas del Dios mar: ¿ya nunca,
como antaño, os acordáis de mí?*

F. Hölderlin

Luego de la furia
y de las grandes batallas
luce exhausto el mar.
Parece arrullarse en su paciente murmullo.

Ahora su labor es propicia al sueño y el

silencio:

labra ocioso los restos que han llegado a él

por azar o desdén.

Hay en sus batientes orillas algo así como

cementerios sagrados,

guijarros divinos:

ahuecados, macizos,

brillantes y ondulados.

Como un Dios bondadoso, pule los

diminutos seres que le son

encomendados,

dejando siempre de ellos lo mejor,

construyendo su liturgia con migajas.

¿Podríamos venerar esos despojos rituales?

Felipe García Quintero

Bolívar, Cauca, 1973

Poética

He hablado y lo dicho se torna camino. Así, las palabras son pasos y la voz territorio, tanto como la música un rostro, que ahora mismo asoma, en la alta noche de un viaje largo, inconcluso siempre, desde el silencio lejano y extraño de leernos en lo escrito. Declaro que tres son los momentos de mi grafía. En principio, con el pulso tembloroso quise hacer del sentimiento humano la expresión poética mayor. Por ello, el dolor de vivir figura en cada recodo del libro Vida de nadie (1999). Su destello alumbra la opacidad cotidiana, enciende la oscuridad diaria, incluso, la quema. El problema de la identidad fue el eje en torno al cual los temas de la orfandad, lo femenino y la infancia, despliegan sus ropajes raídos. En Piedra vacía (2001), por el contrario, la intención fue dejar atrás la condición personal y hacer del poema una reflexión acerca de la escritura. Codicié encarnar el legado de Wallace Stevens cuando habló del poema como el motivo de la poesía. Este conflicto estético, su tensión íntima que desgarró la conciencia, fue puesto en el afuera del mundo, en el ahora de un país mudo que grita sin escucharse. A esa tentativa la titulé La herida del comienzo (2005).

MI MADRE GORDA cuando duerme parece una ballena encallada en la playa.
Entonces río. Y mis ojos que la miran desde el sueño se vuelven agua de su océano y
mis manos arena de la orilla.

Mientras duerme pienso si la vida se entrega a la tierra como las ballenas y si en
vano ahora intento mover su cuerpo hacia las aguas que no quiere más visitar.

(1995)



Felipe García Quintero. Obtuvo el título de Magister en Filología Hispánica del Instituto de la Lengua del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España (2005) y el de Estudios de la Cultura de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito, Ecuador (2003). Es licenciado en Literatura y Lengua Española por la Universidad del Cauca (1996). Desde 1995 dirige y edita en Popayán la revista de poesía *Ophelia*. Forma parte del consejo editorial de la revista *Puesto de combate* de Bogotá. Es director fundador de Ediciones Axis Mundi. En la actualidad se desempeña como profesor en la Universidad del Cauca, en Popayán, Colombia. Ha publicado los libros de poesía: *Vida de nadie* (Altorrey Editorial, 1999); *Piedra vacía* (Ediciones de la Línea Imaginaria, 2001) y *La herida del comienzo* (Ediciones Alhucema, 2005); las selecciones personales de poemas *Casa de huesos* (IMC, 2002) y *Horizonte de perros* (Universidad del Valle, 2005), y el ensayo *Finca Raz y Propiedad Horizontal. Lectura del legado poético de Rafael Maya* (Fondo Mixto de Cultura del Cauca, 1998).

MI CASA, COMO EL DESIERTO, no tiene techo ni puerta, sólo boca.

Mi casa, como la piedra, no posee vigas ni cimientos, sólo una mano empuñada la sostiene.

Esta casa la he construido quitando ladrillos y entregando mis huesos al vacío que resta.

La casa es oscura como mi voz en sus corredores.

Vivo en la casa que camino. La que acecho y me persigue como el gusano tras la carne enferma.

A cada grito se levanta; con cada silencio la destruyo

(1996)

UNO CREE en la escritura. Que la escritura es aire, y basta.

Mas el lenguaje habita la intemperie de la casa, persiste en la humana gravedad.

Porque escribir es cargar con la procesión de tu vida, con los enseres que no caben en otro rincón que no sean los días, que uno tras otro son la nada.

Porque la muerte es irse y ya.

Y es la voluntad del amor el morir.

Sí, el amor del morir, la única escritura:

(1997)

TAL VEZ, Y POR SU FIN, estas palabras digan algo.

Lejos ya del mundo y de la mano que las traza, pueda estar el camino.

Quizá, alguna tarde de otro cielo, estas palabras se levanten y vayan por ahí en paz y sin nombre entre el polvo nuevo.

Tal vez, porque no al fin, por su fin, estas palabras digan algo, no pidan nada:

(1997)

VIAJO EN UN TREN DE VEINTIÚN VAGONES conducido por todos mis muertos. Miro a través del cristal roto de la ventana una batalla de mariposas mutiladas por el cielo quemado de mis cinco años.

Converso con los árboles de la intemperie que desaparecen en mis ojos; los que no tienen camino, con los pájaros que son ya recuerdos del viento.

Yo tampoco sé qué tierra es ésta

(1994)



Primogénita (de la serie *Destructura familiar*), óleo/tabla, 35 x 35 cm, 2007

TRAES UN POCO DE PAN Y ALGO DE VINO para alimentar la vigilia en la noche de tu alma.

Al fondo de tus ojos miras las manos que ofrendaron sus huesos para construir la casa y llenarla de palabras.

Mientras, la escritura en la oscuridad crece con el parpadeo de las llamas, tu corazón calla; su temblor cesa de latir.

De pronto ya nadie existe.

Estamos solos y sólo en ella piensas. Te entregas al vino de la risa y al pan del silencio, y a tus recuerdos: estos pensamientos que inflaman tu lengua y arden como las palabras que te consumen.

Y quieres morir, y para eso escribes:

(1997)

Juan Carlos Acevedo

Manizales, Caldas, 1973

Poética

La poesía como un deslumbramiento

Hace años, cuando era lector de malos versos, pensaba que la poesía era una especie de magia, un truco con el cual un hombre sorprendía a otro a través de la palabra. Con los años y la lectura de versos mejores llegué a pensar que la poesía era una suerte de alquimia, según la cual un hombre convertía una palabra desgastada y llena de herrumbre en una bella palabra revestida de un nuevo significado. Ahora, cuando los años se sumaron a mi estatura y me enfrento solo y desprotegido a un libro de poemas, y leo unas líneas como por ejemplo: “Írías a ser ciega que Dios te dio esas manos” / “Írías a ser muda que Dios te dio esos ojos” —líneas escritas por Vicente Huidobro—, he descubierto que la poesía (más que magia y alquimia) es un acto de deslumbramiento bajo el cual el hombre está subordinado al redescubrimiento del mundo. Y deslumbrarse ante el mundo cotidiano es resucitar en las horas de la noche y de la niebla. Tal vez por eso la poesía —en palabras de María Mercedes Carranza— “ayuda a vivir”.

Los amigos arden en las manos

Los amigos de otros
viven en barrios con jardines, juegan billar, beben cerveza,
viajan con putas entre sus piernas y la borrachera,
huelen a Calvin Klein y fuman Marlboro.
En sus cocinas hay suficiente leche
y en las mañanas no harán falta naranjas
(hermosos soles en la nevera) para la resaca.



Juan Carlos Acevedo. Poeta, ensayista y periodista cultural. Director de la revista literaria *Juegos Florales* del Centro de Escritores de Manizales “Roberto Vélez Correa”. Colaborador del dominical *Papel Salmón* del diario *La Patria* en Manizales. Sus poemas aparecen publicados en algunas de las revistas de poesía más importantes del país, y en las antologías de poesía colombiana *Nuevas voces para fin de siglo* (Editorial Epsilon, 1999), *Inventario a contraluz* (Arango Editores, 2001) y *El amplio jardín. Antología de poesía joven de Colombia y Uruguay* (Embajada de Colombia en Uruguay/Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay, 2005). Ha publicado el cuadernillo poético *Palabras en el purgatorio* (Lyrica Species, 2001) y el libro de poemas *Palabras de la tribu* (Editorial Manigraf, 2002). Obtuvo el Premio Nacional de Poesía convocado por la Casa de Poesía Silva de Bogotá en el evento “Descanse en paz la guerra”. Actualmente es director cultural de la Feria del Libro de Manizales, director del Taller Héroes Literarios en Caldas del Programa RENATA (Red Nacional de Talleres de Literatura del Ministerio de Cultura) y coordinador del área de literatura de la Secretaría de Cultura de Caldas.

Los amigos de otros,
 desean el perro que ladra en sus terrazas
 y el domingo viajan a sus fincas
 con la máscara recién lavada
 para ver transcurrir la vida entre la piscina
 y el recuerdo de la niña que rompieron el viernes anterior.

Mis amigos en cambio,
 viajan en la cola de una sirena entre arrabales y la Vía Láctea,
 llevan impregnado el olor a cigarrillos baratos,
 a café en la plaza de Bolívar
 y nunca tienen una moneda para el teléfono público.
 En sus casas una madre, inclinada en la cocina,
 hace de una vela y una cruz su propio altar
 donde eleva oraciones por nosotros.
 Ellos tienen un *yo le presto,*
 yo le gasto,
 yo lo invito,
 porque el dinero es agua en sus bolsillos.
 Mis amigos creen que no lo sé,
 pero cada amanecer recogen mis fragmentos de sueños, llanto y poesía...
 y me arman antes que pueda decirles *gracias.*

Salmo para después de la guerra

Tal vez la poesía, [...] puede ser la prueba irrefutable, o cabeza de un prontuario definitivo de que Dios existió alguna vez.

Héctor Rojas Herazo

Señor,
ahora somos frágiles...
los años de la derrota (aunque hayan quedado en el olvido)
habitan entre nosotros. Por eso hoy el poema es bálsamo
Señor de los remendados,
ya no podemos elevar oraciones:
conjuros para ahuyentar enemigos y pestes,
tal vez un Poema que sirva de diálogo
para diluir tantos miedos acunados en viejas plegarias.
Señor,
como tus llagas,
las nuestras son huellas de fe en medio de la ola de siniestros.
También hemos caído y nos hemos levantado
para espantar los pájaros de la angustia
que anidan en nuestras lágrimas.
Señor de los fragmentados,
redime con tu sabia mudez a tus hombres y mujeres,
herederos ambos del miedo,
para que la fragilidad se desvanezca y
retornen a nuestra voz y nuestros sueños
y nuestras casas las Bienaventuranzas.

Así sea.

Oración en los trigales

Como adentrarse en un desierto de harina para luego saciar la sed bajo la leche blanca de una cabra, este anciano hunde sus manos sobre la masa blanda. Su oficio lo realiza desde el altar de los trigales, bendice el amanecer y eleva oraciones antes de que la luz del sol acaricie el campo de centeno.

En su taller crecen los sueños de las gentes simples y por unas monedas borran amargas horas de sus rostros.

Señor de los Molinos, tú que ahuyentas el hambre de nuestros hogares con el más sencillo de los alimentos y nada pides a cambio, bendigo tu oficio de hacedor de esperanzas, bendigo tu taller blanco, despensa para el hambre del tercer mundo, y escribo esta oración para tus días sin descanso.

Voces de Geppetto

Llevas por memoria un bosque entre las manos. Con los ojos cerrados dices: cedro rojo, negro chanul o pino amarillo; basta que tus dedos se posen sobre la madera para nombrarla.

No conoces, no puedes conocer otro lenguaje sino el silente idioma de los árboles donde las raíces son historias sin escribir y las hojas plegarias de aves que cantan en mayo.

Entre el guayacán y el ébano realizas la más humilde de las tareas: convertir la madera en utensilio.

Cada uno leva en las manos su destino y tú amigo heredaste de Geppetto y de José la tarea de tallar la Copa de la Alianza.

Tú, que das forma al candelabro medieval, a la silla celta o a la mesa francesa no olvidas guardar leña para los fogones del tercer mundo.

Hoy escribo para ti Nelson, para tu oficio de carpintero con el cual llenas los rincones de nuestra soledad a cambio del pan de cada día.

Cada uno lleva en las manos su destino, ahora lo sabemos, ahora cuando la memoria nos olvida como a una vieja melodía que en la distancia toca un violinista bajo el viento de enero.

Monólogo del cartero

*Perdese, en cambio, en una ciudad
como quien se pierde en el bosque,
requiere aprendizaje.
Los rótulos de las calles
deben entonces hablar al que está errado.*

Calvino

El siglo se abre igual a una carta. Cada ruido almacenado en mis manos me hace saberme vivo. No es fácil guardar un siglo que llegó en el correo del medio día con ojos de niño hambriento.

He aprendido del amor a través de los ojos de las muchachas de enero, también aprendí el desamor en sobres que abren el llanto como exclusas. Sé de misivas escritas en la trinchera.

El correo de la noche me despierta y salgo a recorrer las avenidas, las placas en esquinas oxidadas son mi faro. Cargo sobre mis hombros los secretos del hombre y fumo en silencio, nadie me acompaña.

Conozco de soledades e inviernos por eso guardo el siglo en los bolsillos como quien lleva un pez en cada lágrima.

Pájaros del suburbio

*Para Dorian Hoyos Parra
Lectora de esquinas y libros*

Es madrugada en las alas de abril. Los niños insomnes van a la escuela. Un leve olor a chocolate se mezcla con el olor a colonia barata en que son bañados por sus madres. Los niños del suburbio limpios algunos, sucios de sueño y hambre otros ascienden calles para ir a clases sin más riqueza que el negro de sus zapatos y el blanco de sus camisas.

Dulces pájaros del suburbio, van rumbo a las aulas silbando esperanzas.



Manzana IV
(de la serie *Manzanas*),
óleo/tabla, 60 x 40 cm, 2007

Ricardo Silva Romero

Bogotá, 1975

Poética

El poema quiere ser un solo día, de la mañana a la noche, un día entero con todas las cosas de todos los días. Se parece a la mano abierta que se cierra. Y podría confundirse con una caja que siempre que se observa tiene otra voz adentro. Pero en verdad es una cerradura por la que se asoma lo que nos está pasando en este preciso momento. Un pequeño pentagrama que carga la melodía del que lee.

CONTRA TODOS LOS PRONÓSTICOS, DESPIERTA.
Pero el mundo es un lugar borroso, como siempre,
y su mano, que se declara independiente de su cuerpo,
busca sus gafas como una duda en cuerpo y alma.
En el reloj de la mesa de noche son las siete y diez,
y esa hora, hecha a pedazos viejos,
es el punto sin regreso de su día,
la primera frase del relato por venir,
el símbolo invisible del destino
y de la tragedia discreta de estar vivo,
que es la de amanecer, a pesar de la conciencia,
para recibir el mundo como un limón abierto,
o como un saco permeable, si se quiere
y no se entiende bien aún eso de abrirse al mundo
como una pequeña cámara
que puede oler y sentir y probar
las frases que hacen cada página del mundo.

Réquiem (1999)



Ricardo Silva Romero. Estudió literatura en la Universidad Javeriana e hizo un master en cine en la Universidad Autónoma de Barcelona. Es autor de la obra de teatro *Podéis ir en paz* (1998), el libro de cuentos *Sobre la tela de una araña* (Arango Editores, 1999), la página de internet de ficción (ideada junto con el fallecido Germán Pardo García-Peña) www.ricardosilvaromero.com (2002), el poemario *Terranía* (Planeta, 2004), la biografía *Woody Allen: incómodo en el mundo* (Panamericana, 2004) y las novelas *Relato de Navidad en La Gran Vía* (Alfaguara, 2001), *Tic* (Seix Barral, 2003), *Parece que va a llover* (Seix Barral, 2005) y *El hombre de los mil nombres* (Seix Barral, 2006). Es comentarista de cine de *Semana* y columnista de *SoHo*. Sus relatos han aparecido en más de veinte antologías editadas en Colombia, México y España. Ha sido colaborador de publicaciones como *Arcadia*, *Gatopardo*, *El Malpensante*, *Babelia*, *Número* y *Piedepágina*.

19

Santa Fe de Bogotá es ciertas calles
que nacen en un sur de mapas viejos,
vienen desde el oriente del único sol
y se cruzan, esquina por esquina,
como espejos de las manos
o encrucijadas para ofrecerle el alma al diablo
(otro sultán sin nombre: otro agujero).

Santa Fe de Bogotá es cualquier ventana,
pues todas las ciudades son fachadas,
y no hace falta un guía indiferente,
o mil novelas sin comienzos ni tragedias,
para entender que su mutismo,
como las líneas de mis manos,
es parte de un mundo que gira desde el sur
hasta el oriente.

El libro del sol (1997)

ASISTE, DESDE MAÑANA, A TODAS MIS ESCENAS.
Sé testigo de mi vanidad, de mi orgullo, de mi envidia.
Escóndete debajo de las camas, detrás de las puertas,
en los descansos mal iluminados de las escaleras,
mientras trato de serle fiel a mi propio personaje.
Adviérteme, en la tras escena de mis hábitos,
los lugares comunes que visito.

Llena mi vía de señales de tránsito secretas,
“Gire con precaución”, “Bifurcación”, “No pase”,
o deja caer algo, un lápiz, una taza de té vieja,
si pierdo la cabeza en los bordes de mi cuerpo,
si me abrigo con la ropa de los días perdidos,
si las mismas melodías no llegan, en paz, a mis oídos.
Recuérdame —a las 2 y 12 se olvida el principio—
la fidelidad sagrada a las palabras.

No debo perder mi vida. Debo quedarme quieto.
Mis instintos se aferran a una rutina, Dios,
porque no tengo otra manera de sanarme.

Una oración por Dios (2004)

ME SIENTO EN EL BORDE DE LA CAMA, FRENTE A NADA,
como si el único sentido de mi vida —eso es: de esto se trata—
fuera guardar el sueño profundo de María.

Preserva, Dios, su cara de niña en la orilla del tiempo,
y dame la vida para decirle “sí” a sus palabras sueltas,
para recibirla al final de sus pesadillas injustas,
para salvarla del frío que rueda por las ventanas
de estas tres habitaciones en tregua.

No te dignes a responderme si merezco
estar aquí, en su madrugada, en el suspenso
de su respiración, de su frente sin fiebre,
de sus gestos perdidos en el cielo de los gestos,
porque las voces ajenas le dan tanto miedo
como los pasos en el piso de arriba.

Si sólo puedes dar un paso, si sólo te queda un deseo,
protege a mi María de la noche

Una oración por Dios (2004)

101

Y él le dijo “estoy cansado, Marta”,
pero quería decirle en voz alta
que hubo un tiempo, una edad, un día
en que sus plegarias fueron escuchadas.
Y ella fingió que no estaba ahí,
que estaba en el cuarto del lado,
porque temía a los ruegos ajenos
como a las conjeturas del futuro.
Y el frío detuvo a la noche
hasta las dos de la madrugada
a la espera de un consuelo
que sólo nos llega cuando niños.
Y alguno de los dos dijo en voz baja
“son las dos: es hora de acostarnos”
convertido en el único adulto
en esa oscuridad incuestionable.

(2006)



Belleza despierta,
fotografía digital,
30 x 20 cm, 2007

401

Y Dios le dijo “te he quitado de las manos
el mejor amigo que pudiste tener,
la esposa que te hizo tan feliz,
el orgullo de ser la persona que eres,
como el sol arruina a los helechos altivos,
o la lluvia deja a los árboles sin piso,
y te has quedado quieto, sin plegarias
ni súplicas de último minuto,
igual que el hombre que dice, sin decir,
“Señor, confía en mí, vete de viaje,
no me des la vida que quieres para mí,
no me des lecciones a destiempo””.

Y él se fue quedando dormido,
entre las voces de todas las noches,
como una hoja que ha querido caer,
pero sólo caerá cuando Dios quiera.

(2006)

Campo de fresas (detalle), fotografía digital, 20 x 12 cm, 2007



Catalina González Restrepo

Medellín, Antioquia, 1976

Poética

La poesía es quizás el vínculo más poderoso que tengo con el mundo, es la fuerza vital, el cordón umbilical que me conecta desde lo más profundo con el afuera. La poesía es a la vez tan cotidiana y sagrada, en ella confluyen los contrastes: el amor y el odio, la soledad y la compañía. La poesía es secreto y revelación. En la poesía me encuentro conmigo y con las voces de otros poetas grabadas en el tiempo. Las palabras permanecen porque el dolor y el goce las fijan en su propia verdad.

La última batalla

Llegas luminoso con el día,
tú, que te creías derrotado,
y prometes borrarlo todo
y haces que soñemos con carrozas
cuando nos debatimos con leones.

Somos dueños de casa,
huéspedes del asombro,
nos vestimos de rojo
y dormimos sobre manchas de fresa y leche.

Nunca faltará el vino en nuestra mesa,
siempre la azucarera estará llena.

Jardín

Entre cortinas espesas y camas altas
habitamos el palacio del encierro.

No abandonaré este recinto,
nunca saldré desnuda a los campos
ni te besaré frente a los comensales.

Sólo en la soledad de nuestros cuerpos
te amaré,
con gotas en los labios.

Exprímeme
déjame el vaso vacío a mí
bebe de mi sed

¿y si la muerte llega de pronto
e ilumina un cuarto oscuro?



Catalina González Restrepo. Obtuvo la Licenciatura en Español y Literatura por la Universidad de Antioquia. Actualmente reside en Bogotá, donde se desempeña como editora. Ha publicado *Afán de fuga* (Universidad de Antioquia, 2002) y *Seis cancioncillas (de agua salada) y otros poemas* (Colección Viernes de Poesía, Universidad Nacional de Colombia, 2005). Poemas suyos han aparecido en revistas y antologías nacionales y extranjeras y han sido traducidos al francés.

Promesa

La señora, vestida de negro,
exhibe su viudez
mientras nosotros compartimos el postre.

Nos habla de esa llama
que se enciende y apaga,
nos mira a los ojos,
dice que se la jugó toda y no perdió,
la muerte nos hace vulnerables a la verdad.

Desordena su pasado
y se alegra de tu mano sobre la mía.

Quizás adivina que hace rato sueño con llegar a casa
y que lentamente dejas caer mi falda,
la misma de esa vez,
cuando cenamos con tus amigos
y aún no éramos nada.

Pirómanos

Personajes que se van quemando con los días,
goteras que caen a la fogata,
está nevando con chispas de fuego.

No me pidas sed
no hagas camino con las llamas
no juegues con las cenizas de la que soy
no codicies mis huesos
no me dejes el fantasma de la espera
lejana no me ames.

Bébetelo el granizo de la que seré
derrumba las fortalezas de la muerte
hazme tragar el sol del miedo
ahógate con el agua evaporada de mis dedos
que estoy bailando en el erebo
y tengo los ojos rojos.

El poeta de la bailarina anónima

Una bailarina ronda tus páginas,
mis pies ni siquiera aparecen.

Ella se ha ido,
pero se detiene en tu retina.

Podría ponerme zapatillas,
danzar,
y sólo la verías a ella.

Seguirás disfrutando banquetes en soledad
que quemarán los paladares,
ella será alimentada por tu memoria
mientras muero de hambre.



Bailarina, fotografía digital, 20 x 12 cm, 2007

Viaje

Hemos sometido nuestros cuerpos
a los rigores del instante
y este mundo se ha agotado
para nosotros.

El frío nos ha llevado al hastío,
el verano amenaza con devorarnos.

Sería mejor cambiar todo el equipaje
pero la memoria es caprichosa,
en las aduanas hemos perdido
algo irremediable.

Alimento

Revisamos nuestros buzones
esperando siempre la última carta,
vivimos para recibir.

Somos como pájaros que guardan las alas
mientras sus corazones laten
en pechos calientes.

—Yo cargo tus palabras en la cartera
como una limosna extra—.

No podemos dormir,
soñamos con anillos en cada dedo,
que mides mi torso con tus manos
y descubres la piel
antes de que se marchen los invitados.

Giovanny Gómez

Bogotá, 1979

Poética

Las propias palabras

¿Qué se busca decir cuando se escribe, un inventario de recuerdos y sueños que no queremos perder, o acaso llamar esas pertenencias del mundo que encontramos anegadas en distancias, en ausencias o en fragilidades de las que no sabemos más que palabras? La poesía se imagina como una frontera donde las buscamos alcanzar no sé dónde; cuando queremos en principio dominar formas, sentir nuestra lengua como un viento que nos dibuja, y preguntar qué hay más allá de esos recuerdos o visiones que nos visitan desde la infancia, y en los cuales la necesidad de escribir se asoma como una oración con la que se pretende aplacar el susto de no comprender.

He escrito algunos poemas pensando que la poesía sigue siendo un mar al que podemos arrojar los deseos. El primero fue precisamente ése, saber dónde estaba el mar, dónde estaban las palabras. Al silencio y la ambigüedad con que los días me fueron dando esbozos de respuesta, también sus verdades asomaban tejiendo hilos más frágiles, en los que ya no se trata de hacer que brille el poema por la belleza que pueden causar sus sonidos, por la destreza que supone conocer las palabras sin saber si se comprenden. Porque uno no viene a escribir solamente lo que piensa, lo que la intuición le dice, lo que la realidad muchas veces falsea. Se trata de vivir y hacer que en nuestro esfuerzo por decir, algunas veces en esos instantes vivan. ¿Podría escribir si las palabras no hablan de eso? No lo sé. También pienso que ellas son las primeras respuestas a este pacto. Uno puede pensar que sabe, pero ellas también saben demostrar que se expresa muy poco.

Verba volant

Estas puertas abiertas
a la noche del cuerpo
se cierran sin sonido de goznes
Tras ellas el tiempo
fluye en pedazos
y arrecia impenetrable
su rencorosa música

Cuando te abandone su rumor
y la sequía de las palabras
sea el espejismo en tu cara
Comprende que no se escapa
porque hace falta el aire
Entre mares y desiertos
lugares invisibles
esperaban los ojos



Giovanny Gómez. Reside en la ciudad de Pereira desde muy temprana edad. Estudia español y literatura en la Universidad Tecnológica de Pereira. Es director de la revista de poesía *Luna de Locos*, así como del cineclub “Cine en Cámara, Cine con alma”. Su primer libro, *Casa de humo* (Tertulia Literaria de Gloria Luz Gutiérrez, 2006) fue reconocido con el Premio Nacional de Poesía María Mercedes Carranza, 2006.

Costumbre

Las veces que el río dejó sus zapatos
y corrió desnudo tras el viento
el árbol hizo de su copa las raíces
los pájaros caminaron ebrios
No he conocido de dónde viene la risa
sin que deje algunas lágrimas
He visto mis piernas huir de mí trastabillando
y las lisonjas de tu cuerpo
devolviéndome a un sueño

Las horas inútiles

Si ninguno de los atardeceres es mío
y soy tiempo prestado para la sombra de los árboles
¿cómo llego a mi casa cansado de verme
corriendo tras las puertas
persiguiendo los sonidos que acaricia la lluvia?

Con mis propias letras he arrancado a las piedras
un poco de fuego para las velas de esta noche apagada



Pequeño formato 3
(de la serie *Expreso*
de imprecisiones),
óleo/tabla,
17 x 17 cm, 2007

Tiempos

Hablo de los días y las noches
del trepidar de calles
del sol que perjura en sus navajas
Hablo de una llaga en mi espalda
donde el peso del mundo duele
de lo único que no dejan ver los cristales
del rencor y su transparencia en la sangre

Hablo de un animal dormido
y compases de vals con mariposas en mi alberca
Hablo de no poder ignorar
las auroras con sus muertos
de mis manos sudorosas
de las paredes donde se oculta el amor
del dios que canta en esas orillas
donde se rompen las olas

Casa de humo

En algún lugar del mundo encontrarás
que una lágrima recogida en el lecho
unas tijeras abiertas debajo de la almohada
verán esas calles que nos llevan más adentro
cuando los recuerdos a fuerza de no vencer en ti
devuelven regalos de su propia miseria

Una palabra como casa

Señor dame una palabra
que tenga la forma de un barco
un barco de velas inextinguibles
donde pueda ir a conocer el mar
Dame esta palabra por casa
por vestido por amante
deja que ella sea mi soledad
mi alimento y no pueda sobrevivirla

Aquí estoy tan vacío de formas
y silencio...

Toda mi inspiración semeja
el ruido de unas manos atadas
necesito un barco por cuerpo
y el amor por mar

Escúchame por estas alucinaciones
y la vastedad de las cosas que vuelven
a su lugar

Lucía Estrada

Medellín, Antioquia, 1980

Poética

Saber que no se alcanza, que la escalera es infinita, que se multiplican sus peldaños cada vez más en la medida en que ascendemos. Que no bastan todos los lenguajes, que la voz suele traicionarse, que desconocemos el timbre, la modulación inicial... Podría pensarse que el oficio del poeta termina en la página, en los libros, en la copa oxidada del verso, en la escritura. Pero, ¿qué hace a ciertas horas mirándose fijamente como si contemplara un sol desconocido y lejano? ¿Qué hace al filo de su noche intentando cruzar un espejo roto? Nadie que haya experimentado en la oscuridad de su cuerpo, en la frágil corriente de su sangre, en los laboratorios subterráneos de su alma el peso sin fin de la poesía, su exigencia implacable, podría referirse a ella en estos términos. Todo poeta sabe que al escribir deja siempre, del lado de lo oscuro, la mejor parte, no porque quiera hacerlo, sino por la imposibilidad de que la visión permanezca intacta. No hay lenguaje que no sea ruptura; no hay palabra que no traiga consigo la muerte por inanición. Sin embargo —y esto también lo sabe el poeta—, es preciso merecer el silencio a través de la imperfección de la palabra dicha, del lenguaje como piedra ritual donde vienen a caer, fragmentados, los vestigios de un sueño mayor. Es con esta mínima parte con la que el poeta debe trabajar siempre. Un ángel terrible cuyo rostro debemos encontrar entre las ruinas de lo que una vez fuimos, y cuyo gesto se perfila a cada instante sin otorgársenos plenamente. Siempre a la búsqueda, siempre, sabiendo que la verdad y la belleza son comunicables. Sin embargo, es preciso mantenerse fiel a esta precariedad, porque es en la medida de nuestra permanencia que el árbol imperfecto dará su fruto definitivo.

La poesía es conocimiento, y somos frente a ella un trazo de silencio en el polvo.



Lucía Estrada. Ha publicado los libros de poesía *Fuegos nocturnos* (Lealón, 1997), *Noche líquida* (Colección del Ministerio de Cultura de Costa Rica, 2000), *Maiastra* (El Tambor Arlequín, 2004), *Las hijas del espino* (Cobalto Ediciones, 2006) y *El ojo de Circe. Antología* (Universidad Externado de Colombia, 2006). Sus poemas han aparecido también en varias antologías y publicaciones del país y del exterior. Con *Las hijas del espino* obtuvo el Premio de Poesía Ciudad de Medellín 2005. Desde 2003 es colaboradora permanente del Festival Internacional de Poesía de Medellín. Actualmente forma parte del comité editorial de la revista literaria *Alhucema*, en Granada, España.

Mary Shelley

Vivir en la cercanía de todo,
 en el temblor de las hojas,
 en la herida viviente del destino.
 Y acercarme,
 y compartir el horror de sentirse
 una materia blanda,
 sin lenguaje,
 un cuerpo desfigurado
 por la excesiva prudencia de Dios.

El viento arrastra el vacío de los ojos,
 la boca condenada,
 el peso de la eternidad,
 el pliegue de la vida vuelta en sentido contrario,
 la resistencia de las rosas,
 la estrella negra del nacimiento.

¿Por qué no gritas?
 ¿por qué no destruyes
 los castillos de la culpa?
 ¿por qué no arremetes
 contra mi espanto?

¿Por qué no eclipsas la visión?

Hay un lugar reservado para tu abandono.

No aguardes la venida
de lo inevitable.



Retrato, fotografía digital, 20 x 12 cm, 2007

Clara Westhoff

Qué cercanas y distintas
las hojas de un mismo árbol.

Crece silenciosas
en la contemplación de sí,
de sus bordes,
en el trabajo minucioso del insecto
que las hiera.

Apenas unidas por un hilo de savia
a la corteza del mundo,
a su naturaleza vegetal.

El viento las obliga a inclinarse
sobre su propia sombra
y en el misterio único
de ser Sauce o Avellano,
se adhieren, se compenetran
sin perturbarse.
Así, recibirán a un tiempo
su gota de lluvia,
el beso ígneo del verano.

Caerán también bajo la misma luz,
rodearán como sílabas diversas
de un mismo alfabeto
la profundidad de las raíces,
la grieta oscura del tronco
que las vio levantarse
y permanecer.

XXXIX

Un silencio seco rodea la palabra. Todo termina y todo vuelve a comenzar. Son estos los minutos por venir, ya en la memoria. Un tiempo pasado y un tiempo futuro reunidos. Un tiempo dentro del tiempo. Y así como el coloso inmóvil, sus pies en ambas orillas, la palabra se abrirá al paso de las olas, y el arriba y el abajo, el mar golpeará con fuerza. En este vuelo del dragón a la serpiente, agua, no aire tibio. Habitantes de hondos sonidos, lentas sílabas sumergidas, vendrá un segundo en que las aguas se retiren, y la palabra seque sus maderas hasta convertirlas otra vez en fuego.

SON ESTAS MIS MANOS
y la sombra que las contiene.

Son estos mis ojos y lo que aún miran
más allá de este cuerpo mudo.

Todo transcurre sin palabras.

Lejos, como si nada ni nadie se perteneciera.

Es preciso, dijiste, avanzar en la noche,
dejarla caer tibiamente sobre nosotros
como un párpado
y grabar en ella nuestro deseo.

Pero la noche es el temor de una mano
que palpa en la oscuridad esperando encontrarse
y sólo halla el puño cerrado,
la imposibilidad de asirse,
su ausencia.

ANUDO MIS MANOS AL SIGNO INDESCIFRABLE DE LOS DÍAS:
agua que desciende,
bordeando el abismo.

La estrella de los que cruzan bajo un manto ciego
sube a la superficie de esta roca húmeda
y silenciosa.

Sus palabras son el polvo
y el hueso que las escribe.

Nadie pudo esclarecer la verdad de los muros,
ni escribir la palabra que hundía su alfabeto hasta reventarlo.

La piedra es movimiento,
hondos declives en los que la luz se derrota a sí misma.

Dentro, hierven las azucenas de la carne, las magnolias del fuego y la salamandra; el
alto campanario, las sílabas que son el inicio silencioso
de la tormenta.

Junto a la hiedra, el altar de los muertos resplandece.
Cuerpos de sangre y oro, densas joyas,
ruedan en sucesión
alrededor del círculo salvaje.

CUANDO LA NOCHE SE INCLINA
y parece que pronuncia tu nombre,
hundes tus manos en la oscuridad
y buscas a tientas
el cuerpo inabarcable de tu memoria.

Ese palpito en la punta de los dedos,
la densa respiración de todo cuanto existe,
te obliga a permanecer en la sombra.

Ninguna imagen tiembla en el espejo.

Ninguna superficie se apiada de ti.

Todo está vuelto sobre sí mismo
y nada consigue reflejarte.

Una pausa, y el tiempo detenido cae sobre tu silencio.

Cuántas palabras a punto de oscurecerse bajo tu lengua.
Cuánto deseo en los ojos que se abren por última vez.

Apártate un poco y comprende
que nada podría ser el inicio ni el centro
en este cuarto cerrado,
que todo será dicho de golpe
en medio de la sombra
y muy lentamente.

Felipe Martínez Pinzón

Bogotá, 1980

Poética

Hay un soneto de Rilke que se llama “Torso arcaico de Apolo”. El poeta ve en la estatua derruida del dios, a la que le falta el rostro, la luz de sus ojos inexistentes. La mirada del poeta se desplaza a lo destruido, a lo que estuvo una vez y ya ha quedado demolido, aplazado por el tiempo. Ese es el glorioso fracaso que le da su poder al arte, a la poesía: ver con nitidez lo que falta, desplazar los sentidos, completar el palacio a partir de sus ruinas, celebrar la vida en su derrota diaria. Apolo descabezado mira al poeta cuando es él mismo quien se ve reflejado en el torso iluminado. Rilke lo sabe y nos lo dice cuando escribe la sentencia que silenciosa le dicta la estatua: “debes cambiar tu vida”.

Mapa quemado en las puntas

Un mapa del mundo en colores sobre la pared,
migajas bajo un microscopio. Veo a Rusia
como un borrón de otro mapa, una bruma de sombra
hacia el este. Estados Unidos, Asia imperial,
tierras explicables para el ojo por la letra de sus ciudades,
países a los que no atraviesan cordilleras,
sino que crecen dentro de sus fronteras
domésticas como parques.

Y, claro, mis ojos dan a los tumbos
con la forma de Colombia.

Felipe Martínez Pinzón. Cursa estudios doctorales de literatura iberoamericana en la Universidad de Nueva York. Trabaja en la revista de literatura hispana *Letra en ruta*, con sede en Estados Unidos. Sus poemas han aparecido en las revistas *Vuelta de tuerca* y *Noventaynueve*, entre otras, y en la antología *El amplio jardín. Antología de poesía joven de Colombia y Uruguay* (Embajada de Colombia en Uruguay-Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay, 2005). Ha publicado un primer libro de poemas que se titula *Sólo queda gritar* (Común Presencia Editores, 2006) y un ensayo crítico —*La mejor bomba es el libro* (Uniandes, 2005)— sobre la novela *El maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgákov, además de ensayos académicos sobre literatura iberoamericana.



Es rosada en el mapa, pero fue roja o naranja.
 El suyo es un color que dejó de serlo.
 Una casa escarapelada con el tinte de la demolición.
 El mapa se me aparece como una estrella diluida,
 de aristas temblorosas, un pedazo de pan agujereado
 por los peces, que se hunde con el óxido de las monedas
 en las piletas de las plazas.

Colombia en el mapa es un papel quemado,
 una nota suicida rescatada del puño de un pirómano,
 donde los nombres ilegibles de sus ciudades
 reclaman existencia en medio del incendio.

Me pregunto qué hubiera sido de Colombia
 si ocupara la tierra de una isla,
 si no se mantuviera a flote a fuerza medular
 de una cordillera compartida.
 Yo creo que Colombia sobreaguaría.
 Arrojaríamos, entonces, baldes de agua
 por las ventanas de las casas, los edificios;
 y esa estrella pantanosa de nuestro mapa
 se hundiría, quemado en negro su nombre.

Regreso

Llego del recuerdo como de la guerra.

¿A qué manos tuyas vuelvo
a tocarme la cara que mudó
mi padre mi abuelo su padre?

¿Dan sus líneas sus dedos
los mismos contornos
con que dio de luz y de sombra
la última vez
mi cara en el espejo?

¿Tienen todavía tus manos en la caricia
la forma cuyo negativo dio mi rostro?

¿Con qué mirada tuya ya vista o nueva
la luz pueda decirme que nada ha pasado?

Llego del recuerdo como de la guerra
y quiero tocar la cicatriz que nunca fue herida.



Mente (de la serie *Expreso de imprecisiones*), óleo/tabla,
100 x 80 cm, 2007

Celebración del mediodía

A Juan Felipe Robledo

Maduro el mundo, presto, deja de verdes
ahora
su piel para el látigo húmedo de la cosecha,
la vendimia, ¡todos afuera
que vive el mundo
ahora
cuando muere, deliciosamente,
para la mano!
Pierda sus formas el mundo, no importa,
la belleza es de todos
cuando nadie la piensa, nadie la rectifica,
¡rompa límites, cuerdas, pieles el mundo!,
dé afuera de sus líneas el jugo del verano.
Ciérrenos los ojos, ácido, el sol cítrico,
para parpadear, paladear el mundo,
partir sus frutas a la mitad, al frescor del
mediodía,
y sentarnos, maravillados, a reconocer
que nada empieza, que nada termina.

No le tengo miedo al jazz

*A Nico y Ale comiendo pretzels con cerveza
(en el Garage, 19 de julio de 2005)*

No le tengo miedo al jazz,
a pesar de sus puñales
de sus subidas en falso
en escaleras de aire.

No le tengo miedo al jazz
de sangres invisibles en el escenario,
de aplausos al toro de sus cobres,
aunque me escondo en la barra
y disparan sus saxos y sus trompetas,
todas sus redes de un solo color
que se fortifica en su tinta intensa,
en su humo grueso de lámpara de buque.

No, no le tengo miedo al jazz,
a pesar de que alguien a mi lado
acaba de caer fulminado,
muerto encima de su vaso,
boqueando en la ginebra,
aplastado por el piano y sus fríos hilos
que lo ataron y retorcieron como a un caballo viejo
de esos que se botan al toro para el espectáculo
y el aplauso, para el redoble y el sudor.

Visión del naufragio

cum metu et tremore
meta hobou kai tromou
(ocupáos en vuestra salvación
con temor y temblor)
Filipenses 2:12

La vida es eso, una mesa de agua.
Nos congrega sin centro, nos expulsa en oleadas.
Se trata inútilmente de tomarnos por los brazos,
a nosotros mismos, los que nos amamos, y no soltarnos.
Sujetarnos del otro reconociéndonos náufragos
y en los otros náufragos reconocer maderas, tablas, mesas,
o, con suerte, alguna balsa que nos salva unos años.

El mundo es un oleaje, es una tormenta
y es esa tristeza de sabernos solos sin remedio.
No nos es dado morir la muerte de los que amamos
cuando quisiéramos perseguirlos tras todas las puertas.

No. La muerte es sola y es vertical, es una flecha de peso
que nos hunde desde los pies, los bolsillos llenos
de todas las piedras que hemos reunido desde niños.
Vemos desde abajo, ahogados, la que fuera la mesa,
lo que quedó de la balsa, y nos repetimos para nadie:
búsquense, ámense y no se suelten.

Abajo estoy esperando

Son recuerdos como hilachas de humo

J. M. Coetzee

(bajando escaleras adentro)

Tengo una melancolía de otra vida,
me la quedo viendo en la ceniza
abajo de un vaso de agua,
que baila su tela deshecha
y es una tierra de donde fui
y pisé con la cabeza de luciérnagas,
hecho todo un cuerpo de otro nombre
con mi voz a tientas adivinando idiomas.

Lo sé porque me quedo callado a veces,
extrañando algunas esquinas, algunos barrios
que mis letras no resisten, las encajo
y rompen sus curvas en líneas,
sus sonidos en gorgoteos...

Todo este invierno de otro yo que se descongela,
va mostrando piezas que ganan a la uniformidad
del olvido,
y sus puntas y sus formas me van contando historias
que leo en libros y descifro en estos papeles
—o eso intento—, pues el último punto (sí, el que viene)
no da luz, que sí un peldaño, una escalera hacia adentro,
en una espiral de empujones que no van a mi encuentro.
Pienso —me gusta pensarlo— que abajo estoy yo, todavía,
esperando.

Andrea Cote Botero

Barrancabermeja, Santander, 1981

Poética

Escribimos para no hablar Más de lo mismo, para cambiar el ritmo, volcar el ritmo;

Para poner la máquina a andar.

Escribimos para olvidar.

Escribimos ruidosa y velozmente y para poder hacerlo de un modo físico.

Por una cuestión del cuerpo, porque es del cuerpo y le cuesta al cuerpo.

Escribir es derrumbarse.

*Somos de lo que tiembla —queremos que dure—. Escribir es nuestra manera de insistir,
escribir*

es nuestra manera. Lo hacemos para no hablar Más de lo mismo, para restituir.

Escribir es nuestra manera de creer.



Andrea Cote Botero. Estudió literatura y cursa estudios de doctorado en Estados Unidos. Su primer libro de poemas, *Puerto calcinado* (Universidad Externado de Colombia, 2003), obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven de la Universidad Externado de Colombia y, en 2005, el Premio Mundial de Poesía Joven “Puentes de Struga”, otorgado por la UNESCO y el Festival de Poesía de Macedonia. Poemas de *Puerto calcinado* han sido traducidos al inglés, italiano, alemán, francés, macedonio y árabe, y han sido incluidos en varias antologías de poesía. Ha publicado también el ensayo *Blanca Varela y la escritura de la soledad* (Universidad de los Andes, 2004) y la biografía *Una fotógrafa al desnudo* (Panamericana, 2005), acercamiento a la figura de la fotógrafa italiana Tina Modotti. Reseñas literarias, crónicas y artículos suyos han sido publicados en diversos medios de comunicación en Colombia, México y Estados Unidos. Desde 1999 forma parte del comité editorial de la revista de poesía latinoamericana *Prometeo* y del equipo organizador del Festival Internacional de Poesía de Medellín.

Laberintos

Sé que caminamos por vías paralelas
hacia el centro de algo.
Pero mientras anochece en ti y en mí
ya no hay retorno.
No ignoras que para Ariadna
el hilo era una forma de llegar adentro.

Lección única sobre cosas viejas

Ya dije

no sé quién inventa el olor de las casas,

no sé.

Más aún si lo que te gusta es mirar desde arriba
la vista ruinosa de los tejados
y la pared deslucida
y los muros
y las sucias puertas de las casas viejas de aquí.
Más aún,
si ya no recuerdas que
no es el olor
sino la bondad de las cosas
al exhibir su derrota.

Puerto quebrado

Si supieras que afuera de la casa,
atado a la orilla del puerto quebrado,
hay un río quemante
como las aceras.

Que cuando toca la tierra
es como un desierto al derrumbarse
y trae hierba encendida
para que ascienda por las paredes,
aunque te des a creer
que el muro perturbado por las enredaderas
es milagro de la humedad
y no de la ceniza del agua.

Si supieras
que el río no es de agua
y no trae barcos
ni maderos,
sólo pequeñas algas
crecidas en el pecho
de hombres dormidos.

Si supieras que ese río corre
y que es como nosotros
o como todo lo que tarde o temprano
tiene que hundirse en la tierra.

Tú no sabes,
pero yo alguna vez lo he visto
hace parte de las cosas
que cuando se están yendo
parece que se quedan.

Temo

Temo que el infierno sea tan largo como el silencio de Dios,
que su tiempo esté habitado por el frío de los templos.
Temo que el silencio sea silencio afuera de la muerte,
que luego del tiempo aún conservemos la memoria.
Temo no dormir tampoco en ese sueño eterno
y que hasta allí nos siga la desesperación de los relojes.



Cable (de la serie *Falopitis*), óleo/tabla, 25 x 25 cm, 2007

Llanto

María,
hablo de las montañas en que la vida crece lenta
aquellas que no existen en mi puerto de luz,
donde todo es desierto y ceniza
y es tu sonrisa gesto deslucido.

Allí es Enero el mes de los muertos insepultos
y la tierra es el primer cadáver.

María,
¿No recuerdas?,
¿No ves nada?
Allí nuestras voces son desecas
como nuestra piel
y se nos queman los talones
por no querer saber
de las casas incendiadas.

Hablo María
de esta tierra que es la sed que vivo
y el lecho en que la vida está enterrada.

Piensa niña,
en que esto no es vivir
y la vida es cualquier otra cosa que existe
húmeda en los puertos donde el agua sí florece,
y no es hoguera cada piedra.

Acuérdate, María,
que somos
pasto de perros y de aves,
hombres calcinados,

cortezas vacías
de lo que éramos antes.
¿De qué estás hecha?, niña mía,
por qué crees que puedes coserle la grieta al paisaje
con el hilo de tu voz,
cuando esta tierra es una herida que sangra
en ti y en mí
y en todas las cosas
hechas de ceniza.
En nuestra tierra,
los cuervos lo miran a uno con tus ojos
y las flores se marchitan
por odio hacia nosotros
y la tierra abre agujeros
para obligarnos a morir.

Desierto

La tierra que jamás quiso tocar el agua
es el desierto que al norte está creciendo como un estrago de luz.
Pero los hombres que han visto el despoblado
—su amplitud sin sobresaltos—
saben que no es cierto que la tierra esté reseca por capricho,
o sin ninguna bondad;
es nada más su manera de mostrar
lo que transcurre bellamente sin nosotros.

Autorretrato IV (de la serie *Expreso de imprecisiones*), óleo/tabla, 40 x 30 cm, 2007



